

COSAS DEL LENGUAJE

JULIO CASARES
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MEJALA

Empezaré diciendo que, como tesis general, la sostenida por el señor Aguirre de Cárcer con ocasión del pleito *almahala* contra *mejala*, no puede ser ni más discreta ni más razonable.

“Tenemos—escribía el señor Aguirre—la voz *almahala*, palabra que la Academia define “Hueste, gente de guerra”. ¿No es un dolor que pudiendo emplear la equivalencia exacta del vocablo árabe nos olvidemos de ella para inventar otra nueva menos apropiada a la estructura y eufonía de nuestra lengua?” Y añadía mi querido amigo que “en casos como el presente debería la Academia hacer obra de divulgación..., aunque fuera por medio de breves notas oficiosas dirigidas a los periódicos”, y que él, por su parte, haría todo lo posible, dentro de su radio de acción, por resucitar la *almahala*.

Repitió que, en principio, todo esto —propósito y doctrina— me parece excelente y digno de la simpatía y el aplauso de cuantos aman la pureza del idioma. Pero ocurre que, en el caso presente, las circunstancias son poco favorables a la resurrección que se intenta.

Lo primero que conviene advertir, para evitar equívocos, es que la palabra patrocinada por el señor Aguirre no es una voz castiza, “equivalencia exacta del vocablo árabe”, sino mera transcripción de éste, ni más ni menos que la censurada *mejala*. La principal diferencia es en que *almahala* conserva el artículo árabe (*al*), y *mejala*, no.

En cuanto a que de las dos voces en cuestión sea *almahala* la más apropiada a la estructura y eufonía de nuestra lengua”, declaro que no estoy conforme: el choque de dos *aes* que se produce en *almahala* (supuesto que la *hache* es aquí completamente muda, según la pronunciación actual), repugna de manera evidente a nuestra fonética. Por eso no decimos “la agua” ni “la águila”. El choque hubiera podido evitarse, como se advierte en otros vocablos arábigos, por disimilación de las vocales (*adahala* se cambió en *adehala*) o por fusión de las dos *aes* en una (*alfahar* pasó a ser *alfar*); pero en *almahala* no sucedió ninguna de ambas cosas, porque casi podía asegurarse que esta voz no se incorporó nunca al caudal circulante de la lengua vulgar. Y tampoco hubo de ser frecuente en la lengua escrita. Figura por primera vez en la última edición del Diccionario de la Academia (1914), y no conozco más testimonio de su uso que el de Agustín de Hozozco, citado por Eguilaz: “no se atreviendo a esperarle, aunque había sacado su gente y su *almahala* en campo, se retiró de la ciudad de Mcquinez”. Por cierto que en este pasaje no parece empleada la voz árabe en el sentido de “gente de guerra”, sino en su primitiva y más corriente acepción de “campamento”. Entiendo, pues, que no ha de dolernos gran cosa el que una palabra de tan pobre vitalidad y escasa armonía no logre despertar del secular y justificado olvido en que yace.

Si el señor Aguirre de Cárcer tiene verdaderamente empeñado su amor propio de purista en resucitar frente a la moderna *mejala* una adaptación antigua del vocablo árabe, yo me permito proponerle que tome debajo de su eficaz patrocinio la forma *almofalla*. No sólo se da en ella de manera normal el proceso que trueca preferentemente en *mo* o en *mu* el prefijo árabe *ma*, con que se forman los nombres de lugar, sino que es voz de cuyo arraigo y difusión en nuestra literatura tenemos abundantes pruebas (Cantar de Mio Cid, Primera Crónica General, Fuero Juzgo, Fueros de Brihuega y Usagre, etcétera, etc.) La variante *almohalla* fué usada por el Arcipreste de Hita en los siguientes versos:

“Desde oy en syete dias tu e tu almohalla
Que seades conmigo en el campo alla batalla.”

Peró hay una consideración de otro orden que quiero someter al buen juicio de mi culto compañero y amigo, a saber: ¿Por qué hemos de negar a los españoles de hoy el derecho, nunca regateado a los antiguos, de traer y adaptar a su habla palabras exóticas aprendidas de viva voz? Cuando en los tiempos de la Reconquista tuvieron a bien nuestros antepasados distinguir por el nombre sus propias huestes de las huestes del enemigo, no sintieron empacho en recoger de labios de éste la denominación arábiga *al-m-hal-la*. ¿Deberemos censurarlos por ello como corruptores del léxico castizo o habremos de mostrarles gratitud por haber contribuído de este modo al enriquecimiento del idioma? Después de una tregua de varios siglos, se reanuda en Marruecos la tradicional guerra de moros y cristianos, hoy llamada penetración pacífica. Miles y miles de españoles de todas las clases sociales cruzan desde hace lustros el Estrecho para llevar nuestra cultura a los indígenas, unas veces peleando al lado de ellos y otras civilizándoles a tiros. Y todos esos españoles, al volver a su Patria—los que vuelven—, hablan de las *cabilas*, de las *mias*, del *tabor*, de la *jarca*, etcétera, etc., al paso que los marroquíes se apropian voces nuestras, como *eschopita* (“escopeta”), *qlata* (“culata” de fusil), *cobbanía* (“compañía”), etc.



CÓMODOS, DURADEROS Y ELEGANTES

Juegos de cuatro
sillas y una mesa

DESDE \$86.25 para arriba

ARTE ESPAÑOL

Para trabajos artísticos en hierro, visiten nuestras
exposiciones en:

2655 Herran Sta. Ana y 145 Isaac Peral
Tel: 5-41-43

SUCURSAL EN LA ESCOLTA No. 54